

¿Volver al principio westfaliano?

Carlos LARRÍNAGA

Historiador y politólogo. Catedrático de Universidad

En 1648 se firmaron simultáneamente en Münster y en Osnabrück sendos tratados entre el Sacro Imperio Romano Germánico y Francia, por un lado, y el Imperio y Suecia, por otro. Era la Paz de Westfalia, que acababa con la llamada Guerra de los Treinta Años, que había desangrado buena parte de Europa durante décadas. Ambos compromisos regularizaron las relaciones entre el Reich, sus miembros constituyentes, Francia, Suecia y sus aliados, de manera que fue el primer intento de coordinación internacional de la Europa moderna. Al punto que la política europea se movió dentro de su órbita hasta las guerras que sucedieron a la Revolución Francesa. Si bien es verdad que dicho conflicto bélico fue, en especial, de carácter religioso entre el catolicismo y el luteranismo, lo cierto es que terminó con un matiz predominantemente político. En lugar de una comunidad armónica de naciones, presidida por el Papado y el Imperio, la Paz de Westfalia basó la estructura de Europa en una serie de estados nacionales. Al Papado y al Imperio, como jefes de la Cristiandad, le sucedió la falta absoluta de un poder que regulara los intereses particularistas de los estados antagónicos. El título de emperador pasó a ser meramente decorativo, ya que los 350 estados que componían el Reich eran prácticamente independientes, con lo que podían concertar alianzas entre sí y con otros países no germanos. De esta forma nació el principio westfaliano de igualdad soberana, según el cual “todos los estados son iguales”. De hecho, para la ONU, el derecho internacional se basa en este principio, aunque, desde la década de 1990, dicho derecho internacional ha sido arruinado por Estados Unidos y sus aliados para sustituirlo por el arbitrario “orden internacional basado en normas” al albur de los intereses de sus promotores, tal como sostiene Glenn Diesen en su magnífico libro “La guerra de Ucrania y el orden mundial euroasiático” (2025).

Precisamente, en este contexto podemos entender algunos acontecimientos y declaraciones del actual panorama internacional. Empezando por estas últimas, aún resuenan las palabras de Xi Jinping en la plaza de Tiananmen en el desfile militar por el 80 aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial: “la historia nos advierte que la humanidad asciende y cae en conjunto. Sólo cuando todos los países y naciones se traten como iguales, convivan en paz y se apoyen mutuamente, podremos defender la seguridad común, abordar las causas profundas de la guerra y evitar la repetición de tragedias históricas”. En conclusión, el presidente chino estaba denunciando la creación de un mundo unipolar y reivindicando el principio westfaliano antes comentado. Una enmienda a la totalidad al orden mundial liberal, que, tras la caída del muro de Berlín y la implosión de la Unión Soviética, ha querido imponer Washington, ayudándose de sus socios europeos y aprovechándose entonces de la debilidad de Rusia. Pero las cosas han cambiado sensiblemente desde los años noventa, tanto para la Rusia de Putin, que ha renacido de sus cenizas, como para gigantes como China o India, que han despertado, algo que supone una clara amenaza a esa hegemonía estadounidense.

Así lo pudimos comprobar hace unos días en la reunión de la Organización de Cooperación de Shanghái celebrada en Tianjin. La presencia del anfitrión, Xi Jinping, Putin y Modi constituye la foto del desafío a Occidente en su intento de aislar al mandatario ruso. “Debemos avanzar hacia un orden multipolar igualitario y ordenado”, en el que “todos los países, independientemente de su tamaño, poder adquisitivo y riqueza, sean partícipes”, señaló Xi. Vuelta al principio westfaliano. En verdad, no es un

discurso totalmente original, pues los BRICS llevan impugnando esa supremacía occidental en el tablero mundial desde hace años. Sin embargo, ahora, en un escenario marcado por las amenazas y los aranceles trumpistas, esta reivindicación se ha intensificado. Tianjin es la imagen del fracaso de Bruselas en su estrategia respecto de Putin, debido a que lo único que está haciendo Occidente es crear unos lazos cada vez más fuertes entre China, Rusia e India, dejando incluso al margen las disputas territoriales irresueltas. Pero, por añadidura, hay que tener en cuenta que el principio westfaliano es muy atractivo para la inmensa mayoría de las naciones del Sur Global, porque se les brinda una oportunidad de la que en estos momentos carecen. La doble vara de medir en Ucrania y en Gaza no ha hecho sino acelerar su atractivo.

Se habla del cuestionamiento del orden mundial surgido en Bretton Woods en 1944. Hay que recordar que sólo acudieron 44 países, en su mayoría de Europa y América. India no era aún independiente; China participó, pero se retiró tras el triunfo comunista; la URSS no ratificó el acuerdo; y Alemania, Italia y Japón no tomaron parte. Estados Unidos, ante una Europa devastada, impuso sus normas, pero, transcurridos tres cuartos de siglo, la realidad ha cambiado sustancialmente: la descolonización y la existencia de muchos estados, hasta 195, hacen que las potencias emergentes denuncien ese viejo orden mundial para tratar de hacer brotar uno nuevo. Es en este marco en el que debemos situar un retorno al principio westfaliano.

8 de septiembre de 2025

Publicado en *El Diario Vasco*, 17 de septiembre de 2025, p. 20